

Concepciones psicológicas y resultados prácticos¹

Psychological conceptions and practical results

Stéphane Madelrieux²

Université Jean Moulin, Francia

Recepción: 05 de octubre del 2021

Evaluación: 18 de marzo del 2022

Aceptación: 22 de marzo del 2022



¹ El presente texto es una versión en castellano de Madelrieux, S. (2013). Agradezco sinceramente a *Intellectica* por concederme el permiso para reimprimirlo aquí y estoy particularmente agradecido al Dr. José J. Jatuff por su cuidadosa traducción. Esta traducción forma parte de las actividades del grupo de investigación intitolado *Vigor y desesperación. Investigación sobre el aspecto heroico de la ética jamesiana*, con aval y financiamiento del SECYT-UNLAR.

² Université Jean Moulin – Lyon 3 / IRPHIL – Institut Universitaire de France.

ORCID: 0000-0002-7942-4433 (Traductor).

Correo electrónico: stephane.madelrieux@univ-lyon3.fr / jjatuff@unlar.edu.ar

Resumen

Es necesario distinguir dos tipos de acercamiento a la relación que hay entre la psicología y el pragmatismo de William James. El primero, ya muy explorado, consiste en mostrar al pragmatismo como un método filosófico y como una teoría del conocimiento que se deriva de una teoría funcionalista de la mente, que hace de todas las funciones intelectuales instrumentos destinados a hacer de la acción algo más inteligente. El segundo acercamiento, raramente notado y que nosotros proponemos analizar aquí, viene a dar lugar a una concepción pragmatista de la psicología en cuanto tal como disciplina científica. Este proyecto se resume a hacer de la psicología una “ciencia práctica de la mente”. Mostraremos que debemos entender ‘práctico’ en dos sentidos diferentes pero articulados entre sí. Por un lado, la psicología debe devenir una práctica científica, fundada sobre la investigación de las leyes causales, liberándose de la especulación metafísica (experimentalismo). Por el otro, la constitución de tal ciencia natural es la condición de su aplicación práctica, sobre todo en la educación y la medicina. Para la comprensión del pensamiento de James se pueden desprender tres beneficios de tal reformulación de la relación entre la psicología y el pragmatismo. Permite revalorizar toda una serie de textos descuidados que son posteriores a *Principles of Psychology* de 1890, pero anteriores a los escritos sobre el pragmatismo de 1898. Autoriza otro tipo de acercamiento entre dos partes de su obra psicológica que raramente se aproximan y parecen heterogéneas, a saber, su concepción biológica de la mente y su compromiso con las “investigaciones psíquicas”. Y, por último, permite complejizar la genealogía de su pragmatismo a menudo señalado exclusivamente como una defensa de la fe religiosa en *The Will to Believe* de 1896. Ahora lo vemos emerger en los mismos años de su concepción de la psicología como ciencia.

Palabras clave: William James, pragmatismo, psicología, ciencia práctica, educación.

Abstract: Psychological Conceptions and Practical Results. When dealing with the question of the relation between William James’s pragmatism and his psychology, the usual answer consists in tracing back the pragmatist epistemology and theory of truth to the functional conception of mind which defines the various intellectual functions as instruments whose purpose is to make action intelligent. The aim of this paper is to outline another relation which often goes unnoticed. My contention is that we can find in James’s work a pragmatist conception of psychology itself as a science,

which can be expressed in his formula about psychology being a “practical science of mind”. “Practical”, here, must be understood in two different but complementary meanings. On the one hand, psychology has to become a scientific practice, aiming at the discovery of causal laws and free from all metaphysical speculations (experimentalism). On the other hand, the constitution of psychology as a natural science is the necessary condition for it to have some practical applications, notably to education and medicine. I believe three benefits could be gained by understanding such relationship between pragmatism and psychology. Firstly, this reading enables us to rediscover and cast in a new light a whole series of neglected psychological texts James wrote in the 1890s between the end of his *Principles of Psychology* (1890) and the beginning of the pragmatist movement (1898). Secondly, it allows us to see the coherence between two sides of his work that are often dissociated and even opposed: his biological conception of mind and his participation in the contested “psychical research”. Thirdly at last, it complicates the genealogy of his pragmatism, that is often traced back only to his defense of religious faith (*The Will to Believe*, 1892), though we see it during the same years arising from his conception of psychology as a natural science.

Keywords: William James, pragmatism, psychology, practical science, education.

Se fecha el nacimiento del pragmatismo con una conferencia dada por William James en 1898 intitulada “Philosophical conceptions and practical results”. En ella, citando a Charles S. Peirce, James expone el método pragmatista cuyo objetivo es el de clarificar el sentido de los problemas y de los conceptos filosóficos. Formula el principio de Peirce de la siguiente manera:

El verdadero significado de una proposición filosófica puede hoy reducirse a cierta consecuencia particular en el curso futuro de nuestras experiencias prácticas (...) La filosofía debería tener como única función la de descubrir qué diferencia específica hará para ti o para mí, en tal momento preciso de nuestras vidas, si esta visión del mundo en lugar de otra, es la que es verdadera (...) (1975, pp. 259-260).

El primer interés de un método tal, a sus ojos, es el de deshacernos de cierta manera de plantear los problemas que él denomina “escolásticos” o de ciertas concepciones que él clasifica de “metafísicas”. Estas instancias obstaculizan la actividad filosófica precisamente porque carecen de consecuencias prácticas discernibles y, por tanto, no tienen un significado específico. La humanidad no cambiará si tal concepción escolástica o metafísica adoptada es verdad, pues la misma es formulada de tal suerte que no podemos deducir ninguna consecuencia práctica concebible en el curso de nuestra experiencia futura. Esta conferencia de 1898 marca un giro en la obra de James. Este mismo año él comienza a elaborar sus *Gifford Lectures* que devinieron en *The Varieties of Religious Experience* (1902), trabajo que pone en marcha un programa de estudio de la religión, no desde el punto de vista de los discursos teológicos abstractos, sino desde la perspectiva de las experiencias concretas a las que conducen o de las que derivan. Este programa esbozado en la conferencia y utilizado sobre los casos particulares de las creencias religiosas, se desarrollará de manera más sistemática y general en otras conferencias que darán lugar a la publicación de *Pragmatism* (1907).

La pregunta que nos gustaría plantear no concierne a las consecuencias de esta conferencia inaugural, sino a sus antecedentes –a saber, la psicología científica que James había expuesto años antes en sus *Principles of Psychology* de 1890: ¿James tenía ya una concepción pragmatista de la psicología antes de formular explícitamente el pragmatismo como filosofía en su obra? No nos preguntamos si es posible encontrar en sus diferentes teorías psicológicas la fuente de su filosofía pragmatista, pues este punto ya ha sido objeto de estudios precisos. En efecto, es cierto que su “concepción

biológica de la mente” –según la cual todas las funciones psicológicas son instrumentos teleológicos al servicio del ajuste de las reacciones del individuo a los requerimientos de su ambiente– es la base naturalista sobre la cual él construirá su teoría pragmatista del conocimiento y de la verdad (Dewey, 1922; Madelrieux, 2008, cap. 3; Meulder, 2010, cap. 18). En su articulación actual con el pragmatismo, es esta la concepción de la mente que es retomada y readaptada en las ciencias cognitivas contemporáneas (Johnson, 2006). Pero nosotros queremos hacer un paso hacia atrás de esta afirmación teórica y preguntarnos, más bien, si James tiene una concepción pragmatista de la psicología en cuanto ciencia natural ¿piensa que la psicología científica debe tener sus consecuencias prácticas? Más precisamente: ¿hacer de la psicología una ciencia, más que una metafísica de la mente, se trata del hecho de que tendría consecuencias bien concretas en la vida de los hombres? Nuestra respuesta será positiva. El interés y el valor de la psicología como ciencia se mide bien en su capacidad de lograr una diferencia práctica en la vida de los hombres, es decir, en producir el mejoramiento de los modos específicos en los cuales piensa y se conduce. Tal hipótesis, si se verifica, conduciría a desplazar la comprensión habitual que tenemos de la psicología y de su relación con el pragmatismo y es solidaria, en efecto, de tres operaciones de lectura que podrían contribuir a modificar la comprensión que tenemos de su obra. En primer lugar, revaloraría ciertos textos frecuentemente considerados menores en el *corpus* y que fueron escritos en este periodo de transición entre *The Principles of Psychology* de 1890 y la conferencia pragmatista de 1898. Es justamente en esta serie de textos, y no en *The Principles*, en donde se ve que tal posición pragmatista se afirma con mayor claridad en lo referente a la psicología. Se puede decir que antes de utilizar el método pragmatista sobre la religión ya lo había aplicado a la psicología que venía de lograr.

Tal hipótesis también permitiría reunir dos partes de su obra psicológica que son frecuentemente consideradas por separado, a saber, de un lado, la psicología fisiológica, “cerebral”, y de otro, su participación en las “investigaciones psíquicas” relativas a los estados “segundos” de conciencia, que van desde los estados hipnóticos y los trances médiums, hasta la histeria, la telepatía y las conversiones religiosas. Es extraño, en efecto, encontrar a un comentarista de la psicología biológica de James aventurarse en la explicación de las tesis “psíquicas” juzgadas irracionales. Por el contrario, ciertos comentaristas que exploran lo inconsciente, señalan muy rápidamente el positivismo de su juventud comprometido con hacer de la psicología una ciencia natural, y afortunadamente abandonado luego.

La relación entre los dos campos, así como la evolución de James, quien paulatinamente abandona la psicología experimental de laboratorio al ver en la psicología clínica el porvenir de la disciplina, se explicaría, en nuestra opinión, por esta concepción pragmatista que tiene del estudio de la mente y por la esperanza que tenía en las mejoras que esta concepción seguramente traería a la humanidad.

Por último, se considera que la publicación que domina este decenio es *The Will to Believe* en 1896 (James, 1979) –aunque se trata de una colección de textos que abarca casi veinte años. Esto es así porque esta obra es la primera que James presenta como una obra de filosofía y es corriente ver a los comentadores hacer de la teoría de la voluntad no solamente un origen, sino una condición del pragmatismo. Como se considera, además, la voluntad de creer como un dispositivo de justificación de la religión, solo resta dar un paso para sostener que James sostuvo la idea de que la verdad se reduce a la satisfacción que nos puede procurar una creencia, incluso si no hay ninguna evidencia que la respalde, como parece ser el caso de las creencias religiosas (Russell, 1997, cap. 4). Con independencia de esta interpretación de la voluntad de creer (que nos parece discutible) y del pragmatismo (que nos parece falsa), insistir sobre lo escritos psicológicos de este decenio permite complejizar e incluso desplazar las líneas genealógicas del pragmatismo, al mostrar que la reflexión sobre la ciencia, antes que el análisis sobre la religión, le dio a James un punto de apoyo para sus posteriores consideraciones generales.

La psicología como ciencia práctica de la mente “A Plea for Psychology as a Natural Science” (1892)

El primer texto del que hay que partir, que constituye, a la vez, un balance de los *Principles* y un programa para el decenio por venir, es un artículo escrito en 1892 intitulado “A Plea for Psychology as a ‘Natural Science’” (James, 1983b, pp. 270-277). Allí James reafirma, en contra de las críticas del psicólogo G. T. Ladd, el programa metodológico enunciado en el prefacio de su gran tratado en el que declara haberse colocado “(...) lo más cerca posible del punto de vista de las ciencias naturales (...)” (1981, p. 6), en el sentido de que “(...) una cierta cantidad de fisiología cerebral deberá presuponerse e incluirse en la psicología (...)” en la medida en que “(...) los fenómenos mentales son condicionados *a parte ante* por los procesos corporales (...)” (p. 18). James vuelve por tanto en su artículo sobre la necesidad de que la psicología se constituya en una “(...) ciencia de la correlación entre estados mentales y estados cerebrales (...)” (1983b, p. 275). Su defensa se encuentra definida en estas líneas:

Sin embargo, si surgiera la difícil alternativa de elegir entre ‘teorías’ y ‘hechos’ en psicología, entre una ciencia puramente racional y una ciencia puramente práctica de la mente, yo no veo cómo alguien podría vacilar en la decisión. El género de psicología que podría curar un caso de melancolía o exorcizar las alucinaciones crónicas de un alienado, debe ciertamente ser preferida a la perspectiva que refleje más estáticamente la naturaleza del alma. Y tal psicología es la de los hombres que se preocupan poco o nada de la racionalidad última. Esto es, la tendencia que los biólogos, los neurólogos y los investigadores psíquicos cultivan con independencia de que les ayudemos o no (...) (p. 277).

Lo sorprendente de este texto se debe a que se basa en la unión de dos posiciones yuxtapuestas: la de la psicología biologicista y la de los investigadores psíquicos. Las hace converger en un mismo programa epistemológico, dado que las dos categorías de psicología tenderían, según James, hacia un mismo tipo de ciencia psicológica. Una “ciencia puramente práctica”, fundada sobre el estudio de los hechos mentales y opuesta a una ciencia puramente racional que propone una teoría *a priori* del alma. Es significativo a este respecto que James sustituya psicología ‘práctica’ por psicología empírica, en la tradicional oposición, después de Locke, con la psicología racional. Las dos, la psicología empírica y la psicología práctica, se ajustan a los hechos mentales y relacionales, y se abstienen de toda hipótesis sobre las causas o condiciones absolutas, tales como el alma o el *ego* trascendental.

Pero lo que añade la idea de psicología práctica a la de psicología simplemente empírica es que el conocimiento de tales hechos y sus leyes nos brindan cierta capacidad para controlar tales hechos, esto es, de suscitar su aparición, de provocar su desaparición o someterlos a ciertas modificaciones. En este caso, la psicología científica tendría por objetivo permitirnos controlar los estados mentales que son, para James, los hechos psicológicos de base. Se ve aquí, por tanto, el nacimiento de una concepción pragmatista de la psicología, que hace de las consecuencias prácticas –entendidas en términos de previsión y control de hechos– un criterio de cientificidad de la disciplina. Desde una perspectiva positiva declarada, James sitúa así a la psicología en el tren de la historia: ella puede perseverar formulando las cuestiones de la “filosofía fundamental” sobre la naturaleza del alma o del *ego* trascendental, pero no se convertirá nunca en una ciencia. Si busca convertirse en una ciencia como las otras debe abandonar tales cuestiones filosóficas fundamentales para ir hacia los hechos, constituyéndose en “una

rama de la biología” (p. 273). El compromiso con la constitución de la psicología como ciencia natural no es solo una experiencia epistemológica, sino que responde a una necesidad social. Así lo precisa James:

Todas las ciencias naturales tienen como objetivo la predicción y el control práctico y ninguna de ellas se encuentra más en desventaja que la psicología en la actualidad. Vivimos rodeados de una enorme cantidad de personas que están definitivamente interesadas en el control de los estados mentales y que anhelan incesantemente una especie de ciencia psicológica que les enseñe cómo actuar. De modo que todo educador, todo guardián de prisión, todo doctor, todo hombre de iglesia, todo director de asilo busca reglas prácticas en la psicología. Estos hombres se interesarán poco o nada por los fundamentos últimos de los fenómenos mentales, pero se interesarán enormemente en el mejoramiento de las ideas, las disposiciones y las conductas de los individuos particulares que están a su cargo (...) (p. 272).

Sería un error, sin embargo, proyectar sobre este texto la distinción que se ha vuelto habitual en la actualidad entre ciencia fundamental y ciencia aplicada, y creer que James desea ver al conjunto de la psicología convertirse en el estudio de la mente aplicado a los problemas de la educación, de la vigilancia, de la dirección espiritual o de la enfermedad mental. La oposición racional/práctico no coincide con la oposición fundamental/aplicada porque la psicología racional no es para nada una ciencia fundamental, en realidad no es una ciencia en cuanto tal, sino una metafísica. Entonces, lo que quiere decir James es que ni siquiera se podría esperar aplicar el tipo de psicología que se presenta como fundamental porque, de hecho y de derecho, no se puede deducir ninguna consecuencia práctica desde sus fundamentos últimos, especulativos y metafísicos.

Por otra parte, la primera de las consecuencias prácticas que James señala no concierne a los educadores o a los médicos, sino a los investigadores mismos en psicología. Si se postula, como lo hace G. T. Ladd –a quien James le responde en este artículo– un agente puramente espiritual encargado de unificar la multiplicidad y la diversidad de los estados mentales (a la manera del *ego* trascendental de Kant), entonces la psicología termina ahí: dado que se ha encontrado el fundamento último sobre el cual la investigación puede reposar, no queda más que hacer. A lo sumo se podrá utilizar la descripción introspectiva de los estados mentales en su multiplicidad y su diversidad, pero el principio de tales estados ha sido despejado de una vez por todas. Para el pragmatista, poseer un principio tal como fundamento absoluto de los fenómenos a estudiar es una manera de bloquear la vía de la

investigación científica. Por el contrario, si en lugar de tal causa absoluta, se trata de conocer las “condiciones próximas” de los estados mentales, a saber, las condiciones orgánicas, se abre de inmediato un vasto programa de investigación con posibilidad de progreso y de descubrimientos. James no se hace ilusiones sobre la posibilidad real del avance de la psicología fisiológica y es el primero en afirmar que la psicología de la época no ha podido encontrar una ley universal de correlación entre los estados orgánicos y los mentales. Pero esta decepción no es lo más importante a sus ojos. Lo más importante es que al tratar de relacionar los dos tipos de estados mencionados, uno se mantiene en el ámbito de la experiencia, a pesar de que no se pueda esperar grandes consecuencias prácticas en términos de control de tales estados. Por el contrario, un principio tal como el que constituye el *ego* trascendental no nos proporciona ningún medio de predicción y control de los hechos mentales. El mismo no es susceptible de variaciones que uno podría vincular a la variación de los estados mentales. ¿Cómo podríamos actuar sobre el *ego* trascendental para influir sobre nuestros estados mentales si tal *ego* ha sido, precisamente, situado fuera del ámbito de la experiencia, es decir, fuera del alcance de toda acción posible? En principio, uno no puede experimentar sobre el *ego* trascendental ¡Esto es un requisito lógico! Si se suprime el *ego* trascendental y se conserva el *ego* empírico y sus estados de conciencia, se podrá continuar con la investigación. Si se suprime una parte del cerebro la diferencia provocada en los fenómenos será, por el contrario, especificable y observable. Con lo cual es inútil sostener la hipótesis de tal entidad teórica que no hace a ninguna diferencia práctica. No es grave, por tanto, que la psicología no sea aún una ciencia natural, ya que la esperanza de llegar a serlo es más fecunda que la certeza dogmática de haber llegado ya al objetivo de la investigación:

(...) a pesar de las insuficiencias presentes tenemos aquí una inmensa obertura sobre la cual una ciencia estable de fenómenos tiene que aparecer necesariamente algún día. No tenemos necesidad de pretender que somos poseedores de esta ciencia, sino que podemos alentar a quienes trabajan por su futuro y despejar el camino de enredos metafísicos. En resumen, podemos aspirar a ello (...) (p. 272).

Se anudan, por lo tanto, en este programa positivista de investigación, tres grandes posiciones que serán desarrolladas más tarde de modo independiente: el naturalismo (contra el sobrenaturalismo), en la medida en que los estados mentales son considerados como eventos temporales que ocurren en el curso ordinario de la naturaleza; el empirismo (contra el racionalismo), porque el único conocimiento admisible en psicología son

los fenómenos naturales observables, sobre los cuales hay experiencia, y no los obtenidos a través de una intuición intelectual o de una deducción a partir de un principio *a priori*; y el pragmatismo (contra el intelectualismo), porque el conocimiento teórico de los fenómenos mentales es indisoluble de la matriz práctica que nos proporciona sobre ellos y que, por tanto, encuentra su valor en la posibilidad de actuar sobre estos fenómenos para mejorar “las ideas, disposiciones y conducta de las personas”.

Psychology: The Briefer Course (1892)

Tal recuperación pragmatista del proyecto enunciado en los *Principles* permite revalorizar la primera obra de este decenio de 1890 (*Psychology: Briefer Course*) que James hace aparecer el mismo año que su *A Plea for Psychology as a 'Natural Science' (A plea)* en 1892. El interés radica mayormente en lo que no dice, dado que la principal diferencia entre el voluminoso tratado (1.400 páginas) y el compendio (400 páginas), entre el ‘James’ y el ‘Jimmy’, es precisamente que James ha descartado todas las discusiones y los debates que refieren a la cuestión filosófica suscitada en torno a la naturaleza de la mente. Además, no se trata de una actitud positivista de eliminación pura y simple de las cuestiones filosóficas, sino de una voluntad de delimitar el territorio de acuerdo a la división del trabajo. Se trata menos de eliminar a la filosofía como tal, que de preservar la psicología con el fin de ponerla a trabajar sobre los problemas que puede resolver. Paralelamente en su *A Plea* sostiene que es necesario abandonar cuestiones filosóficas como las del alma, la del *ego* trascendental, la de la fusión de las ideas o la de las partículas mentales, etc. En esta línea se reconocen algunos de los capítulos que fueron completamente eliminados en su *Briefer Course*, como el dedicado a la sustancia mental (“The Mind-Stuff Theory”). Este texto no es solamente una obra reducida, una abreviación de los *Principles*, es más bien la versión positiva de una ciencia en proceso de ser constituida y que considera que los debates en torno a su naturaleza han quedado atrás. El hecho de que este sea un libro de texto para estudiantes es revelador en este sentido: James expresa el deseo de que la generación siguiente de psicólogos pueda avanzar sobre los problemas propiamente psicológicos que presenta en su libro –como sucede en toda ciencia– acumulando observaciones y experiencias con la esperanza de encontrar las leyes de correlación entre la mente y el cerebro.

La conclusión del *Briefer Course*, que es original en relación a los *Principles* es, a este respecto, esclarecedora, ya que aquí es donde James va de la psicología a la filosofía, identificando las principales contribuciones

generales que la psicología, con su punto de vista limitado, aporta a la crítica última de todos los elementos del mundo. En efecto, en tanto que ciencia natural, la psicología es una ciencia especial. Al igual que la física, se ocupa de un grupo específico de fenómenos naturales para identificar la relación que hay entre ellos. Acepta sin reflexión crítica, por lo tanto, un cierto número de postulados metafísicos y epistemológicos sobre la naturaleza y la mente para poder, sencillamente, comenzar a trabajar. También, como la física, supone un mundo material sin la necesidad de adoptar en su trabajo una posición realista o idealista en cuanto a su modo de existencia. La psicología acepta de modo acrítico la existencia de la conciencia como un hecho de la naturaleza, que es distinta del mundo material, que puede conocer los otros hechos de la naturaleza –incluidos los hechos del mundo material– y que, por último, el psicólogo que la estudia puede conocer los mismos hechos que ella conoce. Por lo tanto, para poder medir la reacción de un sujeto a la aparición de un chispazo, el psicólogo debe presuponer que el sujeto percibió el mismo chispazo y que los dos conocieron, por consiguiente, gracias a esta percepción, un hecho del mundo exterior. Si la filosofía no es pura y simplemente eliminada o absorbida por las ciencias naturales, es precisamente porque ella es “(...) la tentativa extraordinariamente obstinada de pensar de manera clara y coherente (...)” (1983b, p. 395) los postulados de las ciencias naturales, comenzando por los de la psicología.

A este respecto el *Briefer Course* es paralelo a los *Essays in Radical Empiricism* cuya redacción James inicia en 1904, pero que han surgido de seminarios en Harvard que comienza a impartir poco después de la publicación del *Briefer Course*. Los contenidos de los seminarios son: “Discusión de problemas teóricos como la conciencia, el conocimiento, el Yo, la relación de la mente con el cuerpo, etc.” (1895-1896) o los “Problemas filosóficos de la psicología” (1897-1898). Uno de los principales objetivos de este ensayo filosófico es, precisamente, el de interrogar de manera crítica el dualismo entre la materia y el pensamiento que postula y debe postular el psicólogo para trabajar, dado que si él no ignorase la dificultad inherente a esta concepción, permanecería en tal discusión en lugar de experimentar, y su ciencia no progresaría. James formula explícitamente este programa en su conferencia en el *V Congreso internacional de psicología* en Roma:

Cada ciencia recorta arbitrariamente de la trama de los hechos un campo en donde se estaciona, describe y estudia su material. La psicología adopta, por dominio, justamente el campo de los hechos de conciencia. Los postula sin criticarlos, los opone a los hechos materiales y, sin criticar la noción de estos últimos, los vincula a la conciencia por la ligadura misteriosa

del conocimiento de la apercepción que, en cuanto tal, es un tercer género de hecho fundamental y último. Al adoptar esta vía la psicología contemporánea celebró grandes triunfos. Este es un gran progreso, pero aún quedan muchos problemas. Especialmente la filosofía general, que tiene el deber de escudriñar todos los postulados, encuentra paradojas y obstáculos donde la ciencia pasa de largo (...) y confieso por mi parte que desde que me ocupo seriamente de la psicología, este viejo dualismo de la materia y del pensamiento, esta heterogeneidad planteada como absoluta de las dos esencias, siempre me ha presentado dificultades. Es sobre algunas de estas dificultades que ahora quisiera discutir (...) (James, 1976, pp. 262-263).

Por tanto, las dos obras corresponden exactamente a la división de trabajo que preconizó en su exposición: la primera es una obra de psicología científica donde todas las discusiones filosóficas sobre la naturaleza de la conciencia, de la materia y del conocimiento se descartan en favor de un programa positivo de investigación sobre las relaciones entre fenómenos naturales; la segunda reagrupa los ensayos de filosofía de la psicología que interrogan críticamente la conciencia, la naturaleza del mundo exterior y la posibilidad de que la primera conozca al segundo. Una división tal es beneficiosa para ambas disciplinas según el pensamiento de James. Por un lado, la filosofía dejará de ser abstracta, es decir que para interrogar partirá de teorías y hechos bien cercanos. Así lo hizo al poner la teoría de las emociones de James-Lange al servicio de su teoría de la experiencia pura en el ensayo “*The Place of Affectional Facts in a World of Pure Experience*”, en *Essays in Radical Empiricism* (1912, p. 137)

Por otro lado, la psicología, si bien no debe partir de interrogantes metafísicos sobre la naturaleza de sus objetos a riesgo de verse obstaculizada antes de poder avanzar, podrá beneficiarse de tales cuestionamientos una vez que se haya integrado bien el programa naturalista en sus prácticas. En tal medida la metafísica le ayudará a precisar las unidades elementales entre las cuales podrá establecerse una ley: ¿cuál es el hecho mental mínimo y cuál el hecho cerebral elemental entre los cuales se puede esperar una ley de causalidad? Estas dificultades de definición no son problemas que sólo la ciencia puede esperar resolver con sus métodos de observación y de experimentación, puesto que la aplicación de tales métodos presupone la definición de tales entidades como hipótesis.

El punto de vista pragmatista en psicología debe, por lo tanto, ser entendido de dos maneras distintas, pero naturalmente ligadas según el sentido que se otorgue al término ‘práctico’ en esta concepción de una “ciencia práctica de la mente”. El pragmatismo significa, ante todo, adoptar un marco

epistemológico que permita que la práctica científica se desarrolle sin ser bloqueada por falsos problemas o malos métodos. Si se adopta un punto de vista tal, la psicología avanzará al igual que todas las demás ciencias naturales. Su sentido y su valor reside aquí en las consecuencias prácticas, pero estas consecuencias se refieren a la propia práctica científica: el psicólogo naturalista tiene mucho que hacer ya que ha quedado establecido que la psicología racional no puede traducirse en un programa de investigación concreta. Es importante subrayar que estamos lejos de la *Imagerie d'Épinal* de un pragmatismo utilitarista: es, ante todo, el camino de la ciencia misma que se desbloquea si damos la espalda a la metafísica. Lo que significa que las consecuencias prácticas atendidas son, entonces, científicas y no tecnológicas –a condición precisamente de identificar la ciencia con una práctica. Podemos precisar este punto en James a partir del análisis del experimentalismo de Dewey. El conocimiento racional tributario de una epistemología pre-moderna solo define, clasifica y prioriza los fenómenos estudiados, en tanto que la interrogación moderna busca provocar cambios en los fenómenos que observa en función de entenderlos. La adopción y la generalización de la experimentación corresponde a un cambio epistemológico de una ciencia esencialmente teórica o contemplativa, tanto más pura en tanto que sus objetos son fijos e inmutables, a una ciencia esencialmente práctica y operativa, tanto más eficaz en cuanto que explicita la ley de los cambios que provoca (Dewey, 1920). La ciencia práctica de la mente es, pues, pragmática en este primer sentido: todo conocimiento de la mente debe derivar de la acción del experimentador sobre su objeto, de modo que donde no hay tal acción posible, no hay conocimiento posible, sólo las ilusiones de la especulación metafísica. El caso de la psicología, más que el de la religión, nos permite corregir uno de los malentendidos más recurrentes acerca del pragmatismo: no se trata pura y simplemente de una reducción de la ciencia a sus aplicaciones técnicas y, más en general, de la verdad a la utilidad, sino de reconstruir la idea misma de ciencia como práctica cognitiva y la idea misma de la verdad como verificación experimental.

La “ciencia práctica de la mente” es también pragmatista en un segundo sentido, a saber, el de ser útil a la humanidad: el conocimiento de los hechos y de sus leyes permite esperar un mejoramiento de la educación, de la higiene, del trabajo, del tratamiento de las enfermedades, etc. Ahora bien, los dos tipos de consecuencias prácticas (internas y externas) se encuentran necesariamente ligadas. No se puede esperar deducir consecuencias útiles de una concepción de la psicología que bloquea el progreso de la

investigación como lo hace cualquier metafísica de la mente. De un modo provocador James señala este punto en su reseña a una obra de psicología tomista escrita por un tal Rosmini: “Las distinciones escolásticas son estériles: no podemos deducir de ellas ninguna receta práctica inmediata. Para pelar patatas, debemos considerar otros aspectos del mundo, distintos de su sustancialidad y su accidentalidad o la distinción entre los actos inmanentes y los actos transitivos” (1987, p. 397). Dado que el objetivo de la ciencia práctica se encuentra en identificar la ley de los cambios y las variaciones (entre los fenómenos mentales y cerebrales, por ejemplo), es posible usar tales cambios en vista del interés de la humanidad. Esto se debe a que el método experimental ya es, por sí mismo, un tipo de manipulación de fenómenos que permite un cierto control en vista de intereses distintos a su solo conocimiento. Lo que se llama psicología aplicada no es tanto la aplicación de una ciencia puramente teórica cuanto la prolongación y la ampliación de la práctica científica fuera del laboratorio en virtud del interés humano. En definitiva, es porque la ciencia es una práctica experimental que se puede hacer un uso práctico de ella y cuanto más naturalista sea, más humanista podrá ser.

Educar y curar

En su defensa de la psicología como ciencia natural, James trata de modo asimétrico a los psicólogos biologicistas y a los “investigadores psíquicos”. Insiste, sobre todo, en el interés que la concepción biológica de la mente tiene para los “hombres prácticos”. Declara específicamente que:

(...) la teoría de las vías cerebrales fundada sobre la acción refleja, la concepción del individuo humano como una masa organizada de tendencias para reaccionar mental y muscularmente al medioambiente según modalidades de preservación o destrucción, les ayuda no solo en el análisis de casos, sino que, a menudo, los lleva al remedio correcto cuando la perversión se ha establecido (...) (1983b, p. 272).

Sin embargo, vemos signos de inversión en el texto, dado que añade: “(...) los «investigadores psíquicos», de los cuales ahora se mantiene un tanto al margen, van a conquistar inevitablemente el reconocimiento que su trabajo se merece y quizá este sea de máxima importancia para todo el edificio (...)” (pp. 272-273). Justifica el gran interés de tales investigaciones en psicología con la esperanza de que proporcionarán la “cura de casos de melancolía” o podrían “exorcizar las alucinaciones crónicas de los alienados” (p. 277). En efecto, estos son dos ejemplos de lo que están empezando a lograr los

exploradores del subconsciente (que James nombra indiferenciadamente aquí “investigadores psíquicos”³) aventajando a los psicólogos-fisiólogos. Y no es una casualidad que hombres de Iglesia se encuentran citados entre los hombres prácticos, pues si la religión tiene un interés y un valor a los ojos de James, es precisamente porque ella es una suerte de medicina que lograría, de acuerdo a los testimonios de *The Varieties (The Varieties of Religious Experience)*, curar los casos de melancolía suicida (1985⁴).

Si la psicología biológica de la mente y las investigaciones psíquicas le suscitan tales expectativas, es porque ambas, aunque de manera diferente, abordan la cuestión de las causas de los estados mentales y no se contentan solo con la descripción. En una reseña que brinda de *Psychology: Descriptive and Explanatory* (1894) de G. T. Ladd, James se opone fuertemente a las causas que llevan a la psicología científica al “nivel del plano descriptivo” al cual se resigna esta obra (1987, p. 485). Por un lado, en efecto, el cerebralismo de James descansa sobre el postulado de que los estados orgánicos son las causas de los estados mentales, de modo que se puede esperar actuar indirectamente sobre los estados mentales y, por tanto, sobre la conducta del individuo, al actuar sobre los estados orgánicos, lo que es más fácil de hacer. Por otro lado, su interés por las investigaciones psíquicas se apoya sobre la idea de que los estados de conciencia, y por tanto la conducta de los individuos, pueden ser alterados por estados subconscientes como lo muestra el fenómeno de la sugestión hipnótica. La causalidad orgánica y la causalidad subconsciente de los estados de conciencia son, por ende, los dos programas de investigación de la psicología como ciencia práctica⁵.

³ James utiliza generalmente el término de manera rigurosa para designar específicamente a los psicólogos comprometidos con “las investigaciones psíquicas”. Particularmente en el marco de la *Society for Psychical Research*, de la cual había fundado una filial en Estados Unidos. Estas investigaciones psíquicas, que se pueden considerar como el antecedente de la parapsicología, querían estudiar con los métodos modernos de la ciencia experimental los fenómenos hasta entonces abandonados a la credulidad de los espiritistas, tales como la telepatía, el fenómeno médium y las apariciones. Cuando defiende estas investigaciones incluye en el mismo nombre a ciertos investigadores en psicología patológica como Pierre Janet o Alfred Binet. Unos y otros recurren a la hipótesis de lo subconsciente para explicar los fenómenos observados.

⁴ Lectura VI-X

⁵ Esta afirmación, que supone la superioridad científica y pragmática del punto de vista explicativo sobre el punto de vista descriptivo, suena como una desautorización, antes de tiempo, de todas las lecturas fenomenológicas que han construido su psicología buscando reducir o desacreditar el proyecto naturalista de hacer de la psicología una ciencia. Bruce Wilshire (1968) ha sostenido que James habría abandonado poco a poco, mientras redactaba sus *Principles*, el punto de vista causalista y naturalista al descubrir la intencionalidad de la conciencia como relación lógica, en vez de natural, entre el espíritu y sus objetos. El anti-naturalismo sistemático de J. Wild se autorefuta cuando llega a declarar que James no habría tomado en serio su propio proyecto de una teoría causal de las emociones que busca explicar la aparición de las mismas en vez de simplemente describirlas

James privilegia dos grandes campos de aplicación correspondientes a estos dos programas: la educación y la medicina –poseía una formación en medicina y era profesor. Del lado de la psicología biológica, se trata de “educar los hemisferios”; en sus palabras, de “(...) hacer del sistema nervioso un aliado y no un enemigo (...)” (1981, p. 126) que causa malos hábitos; y, por el otro lado, en cuanto a las investigaciones psíquicas, se trata de aumentar las capacidades psíquicas y psicológicas, en hacer también del subconsciente un aliado y no un enemigo que causa patologías. La razón – por la que progresivamente James abandona la primera perspectiva en favor de la segunda en la cual termina viendo el futuro de la psicología– no es puramente filosófica (la identificación de la psicología experimental con una concepción reduccionista del hombre y la orientación hacia una psicología clínica del sujeto humano considerado como un todo), sino también práctica. En su opinión, no se había descubierto ninguna ley universal de correlación de los estados mentales y cerebrales “(...) de la cual se pudiera sacar una conclusión (...)” (1983b, p. 401), a la vez que vio en el descubrimiento de lo subconsciente grandes promesas en materia terapéutica. Tanto es así que a principios de la siguiente década lo llamó “(...) el avance más importante en psicología desde que estudio esta ciencia (...)” (1985, p. 190)⁶.

Conferencia a los profesores (1899)

En 1899 James publica un libro con una serie de conferencias a los profesores: *Talks to Teachers on Psychology*. Esta obra puede ser considerada pionera en la ciencia de la educación por el uso práctico en pedagogía de dos ciencias

(Wild, 1969, p. 242). James Edie hace una lectura igualmente parcial y tendenciosa de James, al sostener –en contra de los textos que buscan proponer una explicación verificable de los fenómenos de conversiones súbitas o de éxtasis místicos a través de una teoría de lo inconsciente– que James se habría abstenido de toda hipótesis sobre el origen de la psicología de la experiencia religiosa al mantenerse en un punto de vista descriptivo inmanente (1987 pp. 52-54). En una carta del primero de noviembre de 1892 al psicólogo inglés James Ward, autor de una reseña a *The Briefer Course*, James insiste de nuevo explícitamente: “El único objetivo real es el de apuntar a una explicación causal y yo diría que la misma parece residir (al menos por el momento) en la región de las leyes todavía desconocidas de la relación entre la mente y el cuerpo. ¡Esta región es el *objeto* de una «Ciencia» de la psicología!” (citado por M. Girel, 2008).

⁶ Eugene Taylor es el primero en haber llamado la atención sobre los escritos psicológicos posteriores a *The Principles* (Taylor, 1996), pero el registro del decenio de 1890 es muy desequilibrado a favor de los trabajos sobre el inconsciente. Minimiza, en consecuencia, la otra vía de la concepción biológica de la mente (no dándole cabida, por ejemplo, a su *Talks to Teachers*). Esto lo lleva, a nuestro juicio, a exagerar la división en James entre la psicología biológica y la psicología clínica. Buscamos, por el contrario, mostrar que una concepción pragmatista de conjunto inspira los dos tipos de investigación y que si un Newton de la psicofisiología hubiera llegado, tal como lo anhela en la conclusión del *Briefer Course*, James no hubiera tenido que abandonar nunca esta línea de investigación. Más allá de su falta de disposición natural hacia la puesta en marcha de experimentos, fue la esterilidad de los experimentos lo que lo terminó de cansar.

en vía de desarrollo: la psicología y la sociología. Estas conferencias revelan claramente la concepción biológica de la mente que tiene James por encima de los enfoques psicológicos más “intelectualistas”. Recuerda, de esta manera, que los filósofos y los psicólogos tradicionales han hecho valer el primado de la función teórica por sobre la función práctica de la mente. La finalidad del hombre, en tanto que criatura racional, sería, según ellos, la de conocer la verdad teórica absoluta, por lo que el uso del intelecto en cuestiones prácticas se considera secundario. Por el contrario, James muestra que la psicología actual ha desplazado su interés “(...) desde las funciones puramente racionales de la mente (...) hacia el aspecto práctico descuidado durante mucho tiempo (...)” (1983a, p. 24). La conjunción de dos descubrimientos científicos sobre los seres vivos ha originado este giro práctico de la psicología. Por un lado, *la teoría de la evolución de Darwin* que James extiende a la psicología, muestra que la mente, en la medida en que apareció en nuestros antepasados y se ha desarrollado evolutivamente, es útil al individuo y a la especie y puede definirse por esta función práctica de adaptación al medio ambiente –este punto de vista puede señalarse como el nacimiento de la *psicología funcionalista*. Por otro lado, se encuentra *el descubrimiento de la acción refleja* y su extensión al cerebro, que muestra que las funciones sensoriales y las funciones intelectuales están ahí para ayudar a las funciones volitivas a determinar la mejor respuesta posible a las exigencias del medio ambiente –este punto de vista marca el nacimiento de la *psicología sensorio-motriz* que concibe a cada facultad intelectual como una mediación entre una sensación recibida y una reacción dada. La conjunción del punto de vista funcionalista y del punto de vista sensorio-motor conduce a lo que el mismo James llama “la concepción biológica” de la mente (p. 33) en la cual la tesis general es la siguiente: la función de la mente es la de ayudar al individuo a determinar la reacción más útil como respuesta a las impresiones sensoriales. De aquí se derivan dos grandes órdenes de consecuencias para la educación que James señala en sus conferencias. El primero concerniente a lo que se puede denominar ‘la educación humana’, que no se trata de la educación de las escuelas, sino del desarrollo psicológico de los niños. En tanto que organismos vivos los niños tienen tendencias instintivas que le ayudan a sobrevivir, pero no son siempre las más útiles en una situación dada, como muestra el ejemplo del niño que se quema los dedos al querer tocar el fuego que lo atrae instintivamente. El fin de la educación para James es, por tanto, el de injertar sobre las reacciones innatas nuevas posibilidades de reacción más numerosas y perfectas que

permitan hacer frente tanto a las situaciones inéditas como a las rutinarias. Es decir, se trata de brindar hábitos de reacción que sustituyan tales tendencias innatas en los casos que sean más provechosos. Por ejemplo, no sirve de nada lamentarse de que los niños arrebatan los juguetes de otros, dado que no pueden evitarlo: el instinto de propiedad o de apropiación se encuentra, según James, profundamente enraizado en la naturaleza humana –lo que le hace dudar de las formas radicales de comunismo. Por ende, la educación consiste en saber sustituir, por el juego de asociación de las ideas, la reacción adquirida de pedir el juguete en vez de arrebatarlo. James no propone un método educativo revolucionario, en realidad se contenta con proporcionar una justificación fisiológica de las recetas ya existentes. Sin embargo, se puede considerar que ya se encuentra en esta obra la idea directriz de la pedagogía que más tarde desarrollará John Dewey, a saber, que el sentido de la educación está en el crecimiento del individuo y que, por ello, se entiende la sustitución de una experiencia inmediata por una experiencia enriquecida con el pensamiento de sus consecuencias⁷. El crecimiento psicológico debe situarse, en opinión de James, en el prolongamiento de la evolución orgánica: ésta ha favorecido, con el cerebro, la aparición de un sistema nervioso cada vez más complejo e indeterminado, que permite no solo tener una reacción mecánica refleja sobre una excitación dada, sino una pluralidad de reacciones posibles a una misma excitación (el cerebro es una intersección de vías nerviosas o una oficina telefónica central). Se trata, paralelamente, de enriquecer el bagaje innato de reacciones instintivas del niño con una multitud de otras reacciones posibles de donde pueda surgir la facultad de elegir libremente. El libro termina con un capítulo sobre la voluntad, en el que James recuerda su creencia en el libre albedrío.

Desde el punto de vista del trabajo en la educación escolar, las consecuencias son de dos tipos. Si la psicología sensorio motriz es verdadera, el precepto general es: “(...) no hay recepción sin reacción, no hay impresión sin expresión correlativa (...)” (1983a, p. 30). Las reacciones verbales a lo que dice el profesor son insuficientes, porque el alumno puede repetir una respuesta sin haberla entendido. Por el contrario, James alienta los nuevos métodos que se están introduciendo en las escuelas: los alumnos deben llevar sus anotaciones, diseñar sus planos, adoptar medidas, hacer ellos mismos los experimentos elementales de la química y la física y, por supuesto,

⁷ “El problema central de la educación basada en la experiencia consiste en elegir la naturaleza de las experiencias presentes capaces de permanecer fecundas y creativas en las experiencias por venir (...)” (Dewey, 1968, p. 70). Sobre la importancia de este principio del continuo experimental para la educación, ver Deledalle (1995).

realizar trabajos manuales (*learning by doing*). Aquí entra el segundo tipo de consecuencia sobre la naturaleza del *currículum*. Se trata de partir del interés del niño –porque son estos intereses los que hacen reaccionar a tal impresión en lugar de otra– y que el material del educador produzca reacciones. Hay entonces objetos que son interesantes para los niños y que suscitan su atención. Ahora bien, el desafío de la enseñanza, según James, es el de lograr el interés de los niños en objetos que ya no les resultan interesantes. La psicología de las asociaciones nos permitirá ofrecer aquí a los segundos objetos un interés prestado de los primeros. Siempre hay que comenzar, entonces, por lo cercano que naturalmente despierta interés, como el río cercano a la escuela, y no por la concepción abstracta del ciclo del agua. El progreso se da cuando se llega a la idea del ciclo a partir del examen del río. De nuevo, esta es una cuestión de crecimiento o progreso desde nuestro interés inmediato y natural hacia lo que es lo más lejano y abstracto. En este sentido, James estaría de acuerdo con Dewey en decir que comenzar un curso sobre el agua por una definición general de un fluido sería ruinoso desde el punto de vista pedagógico. El niño preferirá la bolilla de papel que tiene al lado a volar hacia una definición abstracta, a menos que, digámoslo una vez más, la definición pueda tomar prestado su interés de la corriente del río cercana⁸. Se podría bautizar este error pedagógico con el nombre de “sofisma del pedagogo”, en referencia al “sofisma del psicólogo” que James denuncia en sus *Principles*, y que consiste en confundir el punto de vista que un individuo tiene de un objeto con el punto de vista que el psicólogo tiene del mismo objeto; en sus palabras: “(...) considerar que el conocimiento transmitido por los estados mentales sobre los estados del mundo es idéntico al conocimiento que el psicólogo puede tener sobre esos estados del mundo (...)” (Steiner, 2012, p. 255). En términos de pedagogía, el principio positivo de crecimiento continuo debe ir acompañado de un principio crítico que evite confundir sistemáticamente el punto de vista del maestro, que ya conoce el asunto del que se trata, con el punto de vista del estudiante, que todavía está intentando comprender, justamente para no bloquear el proceso de aprendizaje que se lleva a cabo con la presentación de conocimiento ya acabado. James pudo aplicar su concepción biológica de la mente en otros dominios de la educación, sobre todo en lo que respecta a la higiene de la vida. De tal modo, lo vemos usar su teoría de las emociones para defender un modo de vida menos estresado o la importancia del deporte en nombre del sentimiento de confianza de sí que genera un cuerpo bien adaptado para reaccionar⁹.

⁸ Confróntese “*The recitation and the training of Thought*” (Dewey, 2004, pp. 265-280).

⁹ En *The Gospel of Relaxation* (1899) James inicia de esta manera: “Me gustaría, en la hora siguiente, considerar ciertas doctrinas psicológicas y mostrar su aplicación práctica en el dominio de la higiene mental, en particular la higiene de esta vida americana que es la nuestra (...)” (1983a, p. 117).

Sin embargo, la educación sigue siendo la principal salida práctica para su teoría biológica de la mente, aunque en sus *Talks to Teachers on Psychology* minimizará bastante el aporte de la psicología a la pedagogía y subrayará que no se puede extraer, directamente y de una manera mecánica, una práctica educativa de una teoría psicológica: es necesaria la mediación de un educador que pueda reglar la generalidad de la teoría sobre la particularidad de los casos que pueda encontrar. Quizás esto ya sea una señal de que la investigación psíquica le parecía albergar esperanzas más inmediatas para mejorar la vida de los hombres.

“Exceptional Mental States: The 1896 Lowell Lectures”

En el concepto de “investigaciones psíquicas” James reagrupa a las investigaciones en psicología patológica, como las de Pierre Janet (que rápidamente se alejó de las ciencias psíquicas propiamente dichas), y los desarrollos llevados a cabo por la *Society for Psychical Research* y Frederic W. H. Myers. En esta última línea no se estudiaban solamente los fenómenos anormales como la histeria y el desdoblamiento de la personalidad, sino también los fenómenos llamados supra-normales como la telepatía y el médium. El punto común en estos planteos es el postulado de que el campo de conciencia no es la totalidad de la mente, sino que existen, por fuera de sus márgenes, estados no conscientes que actúan sobre la conciencia normal. El trabajo en donde James presenta abundantemente esta hipótesis, sólo desde el punto de vista de la psicología patológica, se encuentra en la serie de conferencias que sostiene en 1896 en el Instituto Lowell de Boston acerca de los “estados mentales excepcionales”¹⁰. Además de la gran variedad de observaciones que aporta y de las tesis que discute, se pueden despejar dos grandes consecuencias prácticas que James entiende que se consiguen extraer de tales investigaciones. La primera, y más evidente a los ojos de James, es la curación de ciertos problemas psíquicos hasta entonces considerados incomprensibles por los psicólogos, y ante los cuales los médicos seguían impotentes. En uno de los primeros textos que redacta sobre la cuestión, una reseña sobre *L’automatisme psychologique* de Pierre Janet que introduce las investigaciones janetianas en los Estados Unidos, afirma lo siguiente:

¹⁰ Eugene Taylor (1984) ha compilado y ha escrito una introducción usando las notas de clases del propio James. Hoy se pueden encontrar estas notas en su obra completa (James, 1988). Además del libro ya citado (Taylor, 1996), confróntese Trochu (2007) para una descripción general de los muchos trabajos realizados por James en la década de 1890 con el objetivo de explorar los “márgenes de la conciencia”.

Y esto me lleva a lo que, después de todo, es la parte realmente importante de esta investigación –me refiero a su posible aplicación para aliviar la miseria humana. Dejemos que se diga y se piense lo que quiera sobre la crudeza y la barbarie intelectual de gran parte del filosofar de nuestros doctores de los nervios contemporáneos; que no nos guste todo lo que se quiera la actitud completamente materialista de la mente que mucho de ellos sostienen; sin embargo, sus trabajos como una totalidad, son santificados por su positiva fertilidad práctica. Los teoremas sobre la unidad del pensamiento siempre serán lo que siempre han sido, *barreras*; sin embargo, la observación de los hechos nos lleva a asuntos nuevos hasta el *infinito*. Y cuando uno reflexiona que nada menos que la posibilidad de la cura de la demencia –la más terrible de las aficciones humanas– se encuentra al final de investigaciones como las que M. Janet y sus *confrères* están llevando adelante, siente que el desdén que algunos psicólogos espiritualistas exhiben por tales investigaciones se encuentra muy mal parado. La forma de redimir a las personas de la barbarie, no es permanecer al margen y burlarse de sus torpes intentos, sino mostrándoles cómo hacer eso mismo de un mejor modo. La sugestión hipnótica ordinaria está probando ser inmensamente fértil en el campo terapéutico; y el conocimiento más sutil que estamos adquiriendo sobre los estados subconscientes va a aumentar, sin duda, nuestro poder en esta dirección. ¿Quién sabe cuántos estados patológicos (no solo nerviosos y funcionales, sino orgánicos también) pueden deberse a algún perverso fragmento enterrado en la conciencia que nutre obstinadamente la estrechez de la memoria o el engaño y, por ello, inhibe el normal desarrollo del flujo de la vida? (James, 1983b, p. 265).

La doble naturaleza que se reconoce ahora a la hipnosis como medio de experimentación sobre la mente y, al mismo tiempo y por ello mismo, como medio de medicación psicológica, ilustra perfectamente la ligazón necesaria que hemos evocado más arriba sobre dos tipos de consecuencias prácticas: sobre el desarrollo mismo de la psicología como ciencia, por un lado, y sobre el uso práctico de la psicología científica, por el otro. La hipnosis como “método patológico” proporcionó a los psicólogos el equivalente de una metodología experimental en el dominio de los problemas psíquicos. El “método patológico” considera la enfermedad como una suerte de experimentación no instituida artificialmente por el científico, sino por la naturaleza misma, y que permite, por contraste, comprender el funcionamiento normal de la mente humana –así, el estudio clínico de la alucinación, de la amnesia, del desdoblamiento de la personalidad–, permitiría comprender respectivamente el funcionamiento de la percepción, de la memoria, de la naturaleza del yo, etc. (Ribot, 1928, p. 300). Pero el interés de la hipnosis radica en poder reproducir en laboratorio, en condiciones experimentales, los fenómenos de alteración de la personalidad difíciles de estudiar en su

forma espontánea. Este es, propiamente, el método de investigación que permitió, en el estudio de los fenómenos patológicos, pasar de la simple observación clínica a la experimentación, lo que dio un gran valor científico a los ojos de los psicólogos de la época (Binet, 1982, p. 76). La hipnosis es en realidad una herramienta de simulación de patologías: el psicólogo puede sugestionar en cada sujeto puesto en trance hipnótico una anestesia similar a la de los histéricos. Esto permite comprender la naturaleza psíquica y no orgánica de estos trastornos ahora identificados como autosugestiones; igualmente, a través del fenómeno de la sugestión post-hipnótica, se pudo hacer que un sujeto hipnotizado actuara, después de despertar, de acuerdo a una orden dada durante el trance. Esto permitió comprender que las personalidades múltiples de un individuo no son alternantes ni sucesivas, sino que la segunda personalidad debe continuar existiendo de manera subyacente o subconsciente en relación a la primera personalidad y hacer irrupción en cualquier momento, modificando la conducta del individuo. Si además el psicólogo no se interesa en un caso normal que somete a hipnosis, sino en casos patológicos, la hipnosis proporciona no solo una contraprueba experimental de la teoría, sino también, por ello mismo, un medio de curación. Por ejemplo, al hipnotizar un sujeto histérico, el médico puede hacer que vuelva la sensibilidad de la parte anestesiada en estado de vigilia: la prueba teórica de que el trastorno es de origen psicológico y no orgánico es, al mismo tiempo, un medio posible de suprimirlo en la práctica. Asimismo, lograr, mediante la hipnosis, que un sujeto de personalidad múltiple vuelva su estado original, permite encontrar los recuerdos reprimidos. Como muchos de sus contemporáneos, James piensa que la hipnosis constituye un medio para controlar los estados a través de la sugestión. La psicología patológica y más ampliamente, las “investigaciones psíquicas”, son a sus ojos una psicología práctica en la medida en que se sostienen sobre el siguiente principio: “(...) las fuerzas aparentemente anormales pueden utilizarse para curar a la humanidad de algunos de sus peores males (...)” (James, 1988, p. 522). La segunda consecuencia práctica que James espera de estas investigaciones es muy general y por ello muy importante. James espera que conduzcan a una transformación de la mirada que los hombres tienen sobre tales enfermedades. Dado que tales investigaciones, estima, hacen de las enfermedades mentales “más humanas”, menos extrañas: “(...) sobre todo, una cierta ausencia de miedo (...) parece ser la mejor actitud que podemos tener los que nos ocupamos de estas regiones de la naturaleza humana (...)” (p. 83). Es por esta razón que en todas sus conferencias trata de asimilar un estado mental excepcional a un estado que nos parece familiar, con el fin de mostrar que existe una continuidad entre la salud y la enfermedad. Esto es, se podría decir, la virtud humanista del principio de Broussais, en el origen del método patológico. Además de las anécdotas, en donde descubre en cada uno de nosotros el germen de una patología (como, por ejemplo,

en la manía de verificar y re-verificar que hemos escrito correctamente la dirección sobre la carta antes de despacharla), apela a reestablecer una continuidad de desarrollo entre la serie de estados mentales excepcionales, comenzando en un estado ordinario. Este es el caso del sueño, objeto de su primera conferencia. El hipnotismo aparece como un tipo de sueño (es decir, sonambulismo); la histeria, a su vez, aparece como un hipnotismo (esto es, el auto-hipnotismo, espontáneo y no provocado artificialmente); el desdoblamiento de la personalidad como una histeria extrema y los estados subconscientes disociados como la reconstitución de una segunda personalidad. James hará lo mismo con los fenómenos más espectaculares: la posesión demoníaca se parece a un trance médium (que se encuentra en la prolongación del desdoblamiento de la personalidad); lo que se llama “brujería” se explica por la histeria. Este último caso es particularmente ejemplar: lo que se ha llamado “enfermedad de la bruja” no son otros que los síntomas de la anestesia. La psicología, como ciencia natural, permite precisamente naturalizar esos fenómenos extraños que no eran considerados enfermedades, sino signos de una intervención sobrenatural –un hechizo–, por lo que el exorcismo para la víctima y la tortura para el culpable, parecían ser los únicos remedios conocidos y reconocidos. Gracias a los exploradores del subconsciente, dice James, “tenemos un diseño más racional de toda esta pesadilla en la historia de nuestra especie (...) el combate –añade– debe darse en contra no de un Satán imaginario sino en contra el verdadero demonio de la intolerancia y la ignorancia” (p. 76). Estas enfermedades no son más de origen sobrenatural, ya no son excepcionales. Así como desapareció el miedo ante los fenómenos físicos cuando nuestros antepasados lograron una medida de control sobre ellos, de la misma manera debe desaparecer el miedo en el campo de los fenómenos psicológicos. James pone el mayor valor práctico en esta concepción psicológica del inconsciente porque se trata de la modificación de la imagen que la humanidad se hace de ella misma y del comportamiento que los hombres tendrán a raíz de esta modificación. La naturalización de los problemas mentales permite, a la vez, la integración de los mismos en una ciencia natural en vías de constitución, y la esperanza de ser tratados por medios naturales.

Este examen de los principales trabajos psicológicos de James, luego de la publicación de *The Principles of Psychology*, vendría a complejizar la genealogía demasiado simple que a veces se hace del pragmatismo, el cual, se supone, encuentra su origen en la única obra filosófica de la década de 1890, *The Will To Believe*. Una genealogía tal, si se entiende que es exhaustiva, hará que pese sobre el pragmatismo de James la sospecha de que es, en última instancia, una doctrina para justificar la fe religiosa frente a las exorbitantes afirmaciones de la ciencia. Por el contrario, creemos que la manera pragmatista de pensar emerge durante 1890 en el interior mismo de

la concepción que James se hacía de la psicología como disciplina científica. Por lo tanto, hay lugar para distinguir dos relaciones entre la psicología y el pragmatismo. Una, ya explorada, consistente en mostrar que el pragmatismo como método filosófico y como teoría del conocimiento resulta de una teoría pragmatista de la mente que hace de todas las funciones intelectuales los instrumentos destinados a volver a la acción cada vez más inteligente. La segunda, que hemos querido presentar aquí, viene a desplegar la concepción de una psicología pragmatista como disciplina científica en cuanto tal. La primera revela el enfoque funcionalista de la mente; la segunda, una teoría instrumentalista de la ciencia. James ha indicado la articulación entre esos dos niveles de análisis cuando, en sus conferencias a los profesores, sostiene que en la concepción biológica la mente puede encontrar su sentido y su valor en la reforma de la educación. Sin embargo, nunca buscó sistematizar sus aportes. En cambio, se podría ver la obra de Dewey como un esfuerzo por derivar del análisis funcionalista de la mente una concepción instrumental de la ciencia. A su juicio, la ciencia experimental nos permite actuar sobre nuestro medio ambiente y representa el producto más avanzado de la vida.

Referencias

- Binet, A. (1892). *Les altérations de la personnalité*. Paris: Félix Alcan.
- Bordogna, F. (2008). *William James at the Boundaries. Philosophy, Science, and the Geography of Knowledge*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Canguilhem, G. (2003). *Le normal et le pathologique*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Dewey, J. (1920). *Reconstruction in philosophy*. New York: H. Holt.
- Dewey, J. (1922). Le développement du pragmatisme américain. *Revue de Métaphysique et de Morale*, 29 (4), pp. 411-430. <https://www.jstor.org/stable/40897518>
- Ede, James E. (1987). *William James and Phenomenology*. Bloomington / Indianapolis: Indiana University Press.
- Girel, M. (2008). William James, une psychologie paradoxale? C. Debru; Ch. Chauviré et M. Girel (Eds.). *William James. Psychologie et cognition* (pp. 151-174). Paris: Petra.

- James, W. (1975). *Pragmatism*. Cambridge MA: Harvard University Press.
- James, W. (1976). *Essays in Radical Empiricism*. Cambridge MA: Harvard University Press.
- James, W. (1979). *The Will to Believe*. Cambridge MA: Harvard University Press.
- James, W. (1981). *The principles of Psychology*. Cambridge MA: Harvard University Press.
- James, W. (1983a). *Talks to Teachers on Psychology*. Cambridge MA: Harvard University Press.
- James, W. (1983b). *Essays in Psychology*. Cambridge MA: Harvard University Press.
- James, W. (1984). *Psychology: Briefer Course*. Cambridge MA: Harvard University Press.
- James, W. (1985). *The Varieties of Religious Experience*. Cambridge MA: Harvard University Press.
- James, W. (1987). *Essays, Comments, and Reviews*. Cambridge MA: Harvard University Press.
- James, W. (1988). *Manuscript Lectures*. Cambridge MA: Harvard University Press.
- James, W. (2000). *The Correspondence of William James. (Vol. VII 1890-1894)*. I. K. Skrupskelis and E. M. Berkeley (Eds.). Charlottesville / London: University Press of Virginia.
- Johnson, M. (2006). Cognitive Science. J. Margolis and J. R. Shook (Eds.), *A Companion to Pragmatism* (pp. 369-377). Oxford: Blackwell.
- Madelrieux, S. (2008). *William James. L'attitude empiriste*. Paris: PUF.
- Madelrieux, S. (2013). Conceptions psychologiques et résultats pratiques. *Intellectica*, 60, pp. 161-180. https://www.persee.fr/docAsPDF/intel_0769-4113_2013_num_60_2_1061.pdf
- Meulders, M. (2010). *William James. Penseur libre*. Paris: Hermann.

- Russel, B. (1997). *Essais philosophiques* (F. Clémentz et J.-P. Cometti, Trad.). Paris: Presses Universitaires de France.
- Ribot, Th. (1924). Psychologie. F. Thomas (Ed.). *De la méthode dans les sciences. Première série* (pp. 277-305). Paris: Félix Alcan.
- Steiner, P. (2012). Une question de point de vue. James, Husserl, Wittgenstein et l'«erreur du psychologue». *Revue internationale de philosophie*, 260 (66), pp. 251-181. <https://www.cairn.info/revue-internationale-de-philosophie-2012-2-page-251.htm>
- Taylor, E. (1984). *William James on Exceptional Mental States. The 1896 Lowell Lecture*. Amherst MA: The University of Massachusetts Press.
- Taylor, E. (1996). *William James on Consciousness beyond the Margin*. Princeton: Princeton University Press.
- Trochu, Th. (2015). *William James et la psychologie des 'états seconds'* (Thèse de Doctorat)]. Paris: 1-Panthéon Sorbonne.
- Wild, J. (1970). *The Radical Empiricism of William James*. New York: Anchor Books.
- Wilshire, B. (1968) *William James and Phenomenology. A Study of 'The Principles of Psychology'*. Bloomington: Indiana University Press.